

## EL CAVERNARIO DE AHORA Y DE SIEMPRE

# "Xenius" no fué tomado nunca en serio más que por la mesocracia ignorante

La masacre esclavista provocada por la alianza del altar con el trono, ha privado de vida a millares y millares de personas decentes. Todas estas personas decentes, asesinadas por los feroces trabucaires, eran nuestros o tenían con nosotros, los populares, una vecindad evidente en el terreno de la decencia antifascista. Muchas veces, la evidente vecindad hubiera sido prólogo de afinidad. Podemos decir que a veces lo fué. Hemos de afirmar, en cambio, que muchas afinidades repentinas sólo fueron supuestas. Acuda hoy a la pluma un nombre conocido por su aureola de falsario: Eugenio d'Ors (alias) «Xenius».

Actúa éste hoy en Aragón, Rioja y Navarra como requeté cruzado contra el pueblo, siendo a la vez cronista del trogloditismo fascista y maestro de ceremonias de oficiales, curas y carlistas.

Eugenio d'Ors fué uno de los incondicionales de Prat de la Riva en la época de la Mancomunidad en ciernes; uno de los incondicionales de la política de Cambó, después. Escribía en «La Veu» unos trozos que los indocumentados consideraban geniales, pero que a los obreros amigos de leer nos parecían siempre lo mismo: fragmentos de espejo en los que se reflejaba la figura rebuznada de «Xenius» haciendo gestos amadramados y multiplicando citas amañadas recogidas en otras citas.

Era, en pocas palabras, un hombre de citas. La cultura catalana estaba, hacia 1918, en trance grave. La guerra lo había trastornado todo. Romain Rolland quiso, en 1914, lanzar una consigna de unidad cultural para Europa, y «Xenius» calco los argumentos de Romain Rolland, arrastrándolos por revistas y diarios como trofeo propio. Hablaba siempre de Grecia y de Roma; sin embargo, tenía una preparación nula en disciplinas culturales. No sabía griego, ni latín, como tampoco Maquiavelo, que constantemente nos hablaba de la utilidad que se desprende de los estudios clásicos.

Quería ser ministro de Cultura de Cataluña de España. Nadie lo hizo caso. La sabiduría de «Xenius» era perfectamente revisable, y la revisamos unos cuantos camaradas en una imprenta de Tarragona teniendo allí una noche a «Xenius» de examinando, a pesar de que al entrar en la imprenta se creía un examinador. Por entonces había reñido con sus compadres en política, sin dar cima a un proyecto pedantesco de Bibliotecas Populares. Este proyecto de Bibliotecas Populares quiso llevarlo a término valiéndose de la C. N. T., y vino a verme como si yo fuera la C. N. T. Era en 1921. Acababan de asesinar a Layret las huestes de Anido, y vivíamos todos de medio lado.

Me habló «Xenius» en un exagerado castellano americanizado, empleando cierto ceceo de pretensiones insinuantes. Se hacía el internacional; el acento era americano, el tono, de marqués recién llegado al marquésado; las citas, suecas, cubanas, portuguesas y germánicas, aunque pronunciadas con una de las fonéticas más comerciales del Llobregat; el traje quería parecer londinense. Lo único que de catalán había en «Xenius» eran sus 62 kilos de peso.

Yo, que aprendía a estimar las cosas de Cataluña, empezando por no hacerme extraño a su bello idioma ni a nada de su peculiar y variada vida, quedé un tanto disgustado con aquella fraseología premeditada y azucarada de «Xenius». Hubiera yo preferido hallar en «Xenius» al bravo catalán raclal con sus cualidades, que tantas veces ocultó, y con sus defectos, que no sabe ocultar. Pero aquel tipo me hizo pensar en los rascacuerpos endiosados que ganaron plata en América y se fueron con ella a París a gastarla con prostitutas y hndegoneros. La misma obsequiosidad reiterada, el mismo cachaceo reverencial. Como yo sabía que «Xenius» se tenía por una especie de Sócrates de la Cucurulla, a la vez que por un Apolo rodiniario y por un modelo de soberbia, me extrañó aquella actitud de pájaro mojado.

Todo se fué aclarando: —Yo puedo considerarme como albacea testamentario de Francisco Layret. —Dijo en un lapso de la conversación.

Me pareció estar junto a un delirante, a un monomaniaco. —Y qué tal —fue diciendo— ser diputado por Sabadell, como Layret.

—Bueno; ¿y que tengo yo que ver con eso de ser diputado?

Entonces «Xenius» se hizo transparente, diáfano. Según sus palabras, no era posible intentar la presentación de su candidatura por Sabadell.

—Quisiera presentarme por este distrito. —Mire usted; yo no puedo contestarle al respecto, porque soy de la Confederación, pero no soy la Confederación. Diríjase a los Comités y le contestarán.

—Ustedes siempre contestan lo mismo. Ustedes son como Pi y Margall, que no comía más que dos platos.

—A veces, ni eso. Pero si quiere que le voten los sindicalistas, pierda el tiempo.

Y me explicó un chascarrillo. «Xenius» dividía las cosas en categoría y anécdota: lo que decía él era categoría, y lo que decían los demás, anécdota. Sin embargo, había muchas cosas que decía él y no eran más que chascarrillos. Estaba indignado porque los compañeros de los Sindicatos no aplaudían a ningún orador. Estaba indignado porque los compañeros de los Sindicatos no querían votar. Para estos dos actos, «Xenius» tenía calificativos despectivos, sacando la conclusión de que dramas intransigentes. Y he aquí en qué fundaba su disparatado criterio:

—Invité a cenar a Pi y Margall la víspera de un viaje federal. Esta víspera vivía con esplendor y preparó una magnífica cena. El primer plato fué una sopa de pescado, y el segundo, a la vieja usanza española, un plato de verdura. Terminado éste, Pi y Margall recorrió su servilleta y dió la cena por terminada. Quedó asombrada la víspera porque había preparado cuatro

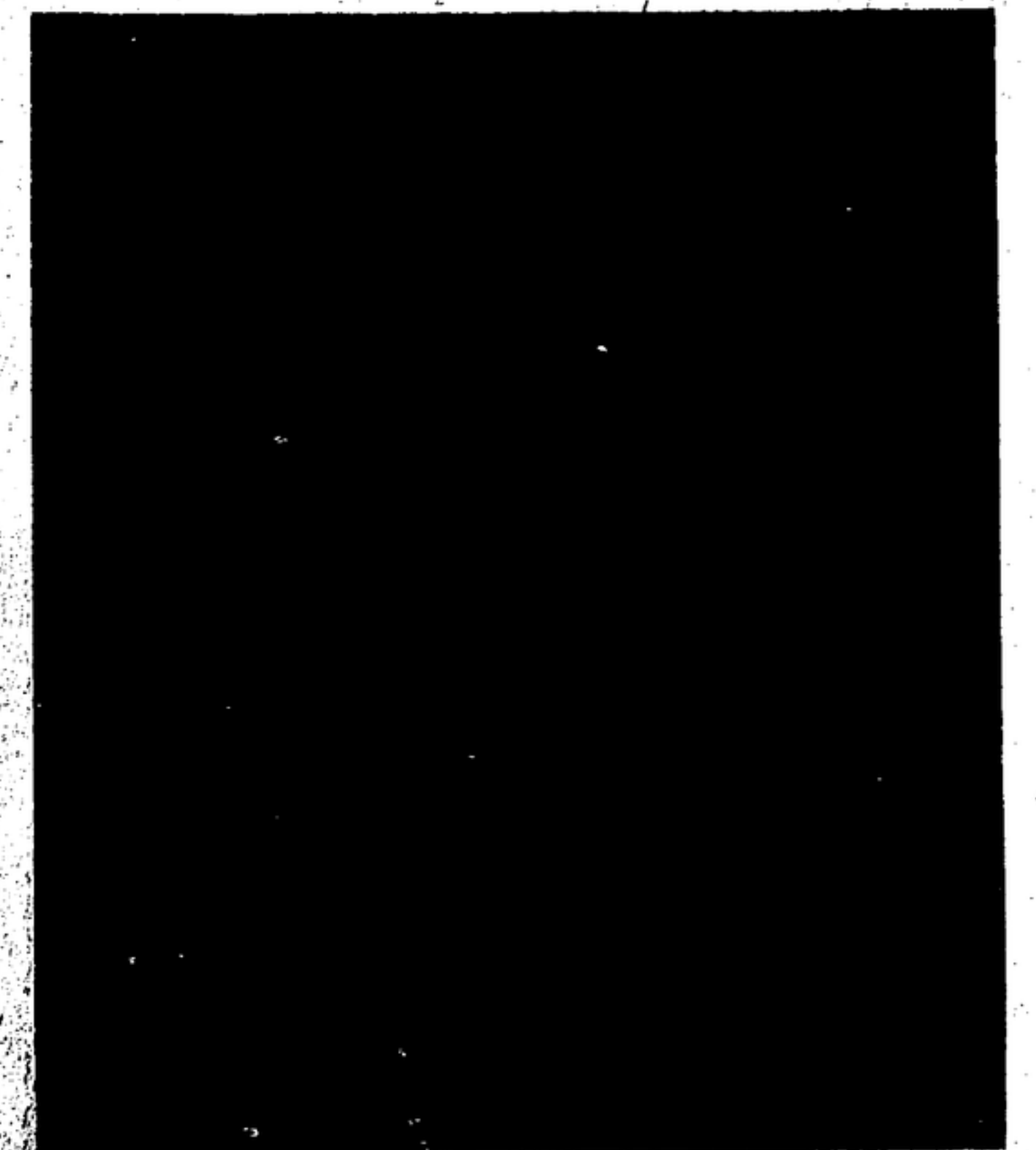
o cinco platos sencillos, y se permitió insistir para que el jefe federal se sirviera algo más. —Imposible, señora —contestó Pi—; yo no como nunca más que dos platos. A las reiteradas instancias de la viuda, repitió Pi sus palabras: —Imposible, señora; yo no como nunca más que dos platos.

Tal dijo «Xenius» para criticar la tozudería de Pi y la tozudería de los Sindicatos.

Pero la verdad fué que el tozudo era él, empeñándose en ser diputado sin tener electores, y empeñado también en otro absurdo: en el de ir en busca de electores precisamente al único núcleo desereido de España respecto a las elecciones.

—Ya sé —le dije— que hay quien no se conforma con dos platos y por eso quiere ser diputado. Con votos sindicados no está usted nada, «Xenius». Se lo aseguro a usted.

Y se fué como un maldito. Luego escribí en «A B C», en «Blanco y Negro», en «El Debate», en todas las publicaciones de la caverna. Y siguiendo su camino, entra ahora en las filas apostólicas... Queridos luchadores del frente aragonés: Cuando agarréis a este salimbánqui lo lucéis presente su memez y le hacéis tragar todas sus glosas impresas, su pedantería insoportable. Últimamente escribí en LA VANGUARDIA por determinación del frailezo «Gazeta». Ha bastado que aquella publicación estuviera en manos de auténticos y honrados obreros, para que «Xenius» emigrara nuevamente. Como emigró de aquella imprenta confederal de Tarragona, donde nos demostró que no sabía alemán, ni francés, ni griego, ni latín, ni castellano, ni nada.



Vigilancia en un puente

## Diálogo oído al azar

—Dos hombres, maduros ya en edad, y comiendo en un restaurante familiar, sostenían una conversación fogosa y en el timbre de su voz había temple y corazón. —Seguramente que a mi hermano también lo habrán matado los fascistas. (Fulano, Esteban, etcétera, han sido fusilados en masa.) —Uno que pudieron escapar de allí así me lo han afirmado. Cayeron sobre Logroño con furia salvaje, arrastrando a casi todos sus habitantes. —¡Es horrible! —¿Sabes quién es el jefe fascista de allí? El Montenegro. —El Montenegro, el propietario de aquel barrio de casas... —¡Ahí, el mismo. —No! No puede ser otro. —¿Cómo ha quedado Logroño? —¡Estos malditos navarros! ¡Requetés por herejía! Es que hasta parece mentira, de cómo se han unido a los militares fascistas. Inclusive, después de lo mucho que hemos hecho los de Logroño para favorecer a Navarra y en pago han caído allí como monstruos. —Nada! Está demostrado que es la peor gente de España. —¡Ahí, pero es que la revancha va a ser... —Ni un solo navarro habría de quedar! ¡No tienen perdón, no! —¡Claro! Ya sabes que un noventa por ciento

son de esta gente atrasada, y con seguridad, el diez por ciento restante han sido muertos ya por los fascistas. No queda más remedio, pues, que a nuestra hora, acabar con este noventa por ciento. Así será la única manera de acabar con el fascismo español, acabando con la única región que lo sustenta. —No hay, no cabe otra lógica. Una provincia entera, entre ellos los fascistas y nosotros va a quedar completamente aniquilada.—P.

son de esta gente atrasada, y con seguridad, el diez por ciento restante han sido muertos ya por los fascistas. No queda más remedio, pues, que a nuestra hora, acabar con este noventa por ciento. Así será la única manera de acabar con el fascismo español, acabando con la única región que lo sustenta. —No hay, no cabe otra lógica. Una provincia entera, entre ellos los fascistas y nosotros va a quedar completamente aniquilada.—P.

TIERRA Y LIBERTAD  
Unión, 7. — Teléfono 23658  
BARCELONA

## Totana, Mazarrón y Aledo

¡Compañeros! ¡Camaradas! Este llamamiento que os hago, no es un grito de angustia, ya que no hay nada que temer de nuestros enemigos comunes los fascistas, y hoy, más que nunca, el mundo entero proletario mira la España libre que posa sobre unos cimientos seguros, constituidos por el amor del pueblo español proletario y consciente que sabe defender con armas y sin ellas el terror fascista que amenazó nuestra libertad hace dos meses.

Con armas, los valientes y heroicos camaradas que en los frentes luchan y dan su sangre sin escatimarla y generosamente si es preciso antes de dejarlos pasar en vida, prefiriendo morir de pie, antes que vivir de rodillas con un Gobierno fascista.

Y sin armas en la retaguardia, trabajando para que a ellos (los que luchan y nos defienden) nada les falte.

Y ahora bien, como me dirijo a Totana y sus limítrofes, voy a especificar el sentido de la retaguardia de que os acabo de hablar.

Las primeras gotas de agua, de lluvia, de ayer, produjeron en mí un escalofriante pensamiento hacia aquellos valientes que luchan y se matan por la libertad de ellos después de la guerra, y la nuestra, que ya saboreamos lejos del trueno del cañón y del estampido del fusil.

¡No habéis pensado y no se os ha reflejado la imagen en vuestra mente, el miliciano y soldadito generoso apostado tras un saco de arena o una piedra, mojándose sus espaldas y sus manos aferradas al fusil, sin darse cuenta, por tener la vista fija en el enemigo y el pensamiento puesto en la libertad del pueblo que defiende, y como si fuera un murmullo en sus labios confundido con el tableteo de las ametralladoras, que está diciendo: ¡No pasará! ¡No pasará! mientras el aire húmedo, envuelto en humo de pólvora, recoge ese valiente murmullo que apagan los cañones con su estrépito, pero que nos transmite el frío y la lluvia que aquí cae!

Porque ese aire que azota nuestros rostros viene del frente y pasó por sus rostros, y las gotas de agua que ayer nos mojaron, son gotas hermanas de aquellas que a nuestros héroes mojaron también.

Pensad conmigo que por muy bien que hagamos la retaguardia, dedicados a nuestros trabajos para que nada falte, es completamente infinitamente más pequeña la defensa de la libertad que nosotros hacemos, que la que ellos sostienen dando su sangre.

Y si no, decidme los que nos visteis salir con el convoy el día 30 del pasado agosto y nos despedisteis. ¿No sentisteis una emoción y una alegría que oprimía vuestros corazones de satisfacción, al ver que en aquellos camiones iban alimentos que vosotros disteis de todo corazón, y sólo anhelabais en aquellos momentos que llegaran a su destino? ¿Y por qué sentisteis aquella emoción? Pues muy sencillo: porque vosotros os disteis cuenta que ayudabais también al triunfo de la libertad y que vuestro donativo era un abrazo de hermanos que, cuando llegara a su destino, los valientes con pecho de acero y corazones duros, que como leones desafiaban la muerte, dejarían escapar una lágrima de gratitud al ver que tuvimos un recuerdo para ellos, y recibían alimentos, esperanzas y caricias, y que allí iba también todo el amor de nuestros corazones, que era como decirles: ¡Luchad, que nosotros os protegemos!, ya que con amor y cariño dimos aquello, con lo que cada soldado recibió un abrazo nuestro y recibieron aquel convoy con una alegría honda, no por los víveres, sino por ver que nosotros nos acordamos de ellos, que es lo que más alegría les causó, yendo a la lucha de nuevo con más brío y más ímpetu, sin miedo a la muerte, para defender a los que de ellos se acordaban, que, entre otros muchos pueblos, fueron Totana, Aledo y Mazarrón, con sus términos municipales.

Que ellos de día luchan, de noche luchan, y vigilantes en la oscuridad, unos con frío, mientras otros duermen con una triste manta; mientras nosotros, en la retaguardia, de noche, descansamos sin nieve y lluvias, bajo techo y sobre un lecho con mantas u otra ropa, y dormimos confiados hasta el amanecer porque sabemos que ellos nos defienden de toda sorpresa y sostienen nuestra libertad.

Ya sé que todo cuanto os he dicho, lo habéis pensado todos y sentido en vuestro sano corazón, pero no os habéis aún determinado, tal vez por esperar, por organizar, por lo que sea, pero que ya es hora, por estar en deuda contra el azote del frío.

¡Ahora les llevamos también víveres, mejor, pero sobre todo ropas de invierno, camisetitas de lana, impermeables, calcetines de lana, botas o zapatos, leguis de cuero o vendas de lana para las piernas, abrigo, capotes, bufandas, etc.

Mujeres, este es vuestro momento! Cada una de vosotras podéis confeccionar chalecos, jerseys de punto, vendas de lana para las piernas; el resto, los hombres lo compraremos, y las mujeres que no lo sepan hacer.

No tardemos en acudir a remediar sus necesidades contra el frío. ¡Manos a la obra! ¡Camaradas y compañeros de Totana, Aledo, Mazarrón y Alhama, ya sé que no olvidasteis nunca todo cuanto os he dicho! ¡Salud! Totana, 17 de septiembre de 1936. Por el Sindicato de Oficios Varios de la C. N. T. de Totana (Murcia): Alberto Ortúño